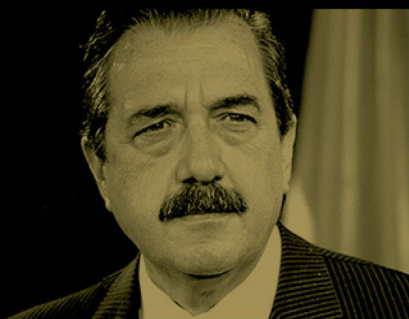


MASONES



ARGENTINOS

EL PODER EN LAS SOMBRAS



EDICIÓN DEFINITIVA

 Planeta

MARIANO HAMILTON

MARIANO HAMILTON

MASONES ARGENTINOS

El poder en las sombras

Introducción

Ser o no ser... masón

La masonería genera fantasías. Con solo pisar el templo ubicado en Perón al 1200, se siente un aura de misterio que atrapa a cualquier mortal. Es conmovedor respirar en el mismo ambiente que lo hicieron tantos grandes hombres. Y también lo es rozar con los dedos las sillas que tal vez alguna vez ocuparon San Martín, Rivadavia, Urquiza, Sarmiento, Mitre, Alem u otros masones ilustres.

Mi interlocutor y guía aclara: «No todos estuvieron aquí porque antes había otras sedes», pero como tampoco me quiere quitar toda la carga emotiva agrega: «Eso no quiere decir que no se hayan sentado en estas sillas o que, por ejemplo —señala una especie de trono—, Sarmiento no se haya despatarrado más de una vez en ese sillón reservado para Gran Maestro».

Los salones son parecidos, por no decir iguales. Es imposible no detenerse a contemplar los cuadros que cuelgan de las paredes, tanto en el templo principal como en los otros seis más pequeños o en las salas de reuniones o en la biblioteca. Todos tienen un sentido o una simbología masónica. El más impactante es *Episodio de la fiebre amarilla*, el óleo que Juan Manuel Blanes pintó en 1871 y en el que se puede observar al Gran Maestro José Roque Pérez y al médico Manuel Argerich frente el cadáver de una mujer mientras un bebé trata de encontrar el pecho de la joven para amamantarse.

El viaje hacia los confines de la masonería parece imposible de abarcar. Porque se nutre de mitos (básicamente) y de historias orales (casi todas), mientras que el registro escrito de los centenares (o miles) de roscas que se tejieron dentro de su seno permanecen bajo siete llaves o directamente se perdieron.

¿En qué se diferencia la masonería de cualquier ONG, fundación o *think tank*? Hoy parece que en nada, ya que el peso específico que la masonería tiene en la política o en las decisiones que se toman a nivel gubernamental parece ser poco. Y si lo tiene, está muchísimo más disimulado que en el pasado.

Por supuesto que ser masón tiene una carga extra y simbólica mucho más significativa que, por ejemplo, ser parte de la filofascista Fundación Faro o de la Asociación Civil Madres del Dolor, por citar apenas a dos organizaciones que me vienen rápidamente a la cabeza y cuyas características y orientaciones ideológicas son completamente diferentes. Porque ser masón es formar parte de una organización mundial con más de seis millones de hermanos y, además, con una construcción teórica centenaria.

La mayoría de las opiniones que se tienen sobre la masonería —lo comprobé durante las entrevistas para la realización de este libro— son erróneas. Incluso yo mismo me vi en el brete de revisar mis preconceptos y adaptarlos a una realidad que, al principio, parecía inconcebible. Casi todo lo que se afirma surge de la ignorancia que es justamente lo opuesto de lo que propone cualquier logia. Porque la vida de un masón depende tanto del oxígeno que consume como de la apertura mental necesaria para pensar, debatir, cuestionar, ilustrarse y, por qué no, ilusionarse con un futuro mejor o, al menos, diferente.

Sin embargo, la idea más o menos generalizada dice que tras los muros de los templos masónicos funcionan organizaciones siniestras dispuestas a desatar las diez plagas de Egipto sobre la humanidad. Se supone también que lo que se trata, analiza o piensa

durante las reuniones o tenidas¹ masónicas está vinculado a ritos esotéricos o a la brujería.

Esto no es casual. La Iglesia católica —tal vez la formadora de sentido común más importante de la historia—, desde hace 400 años utilizó todas las herramientas a su alcance para desprestigiar a la masonería convirtiéndola en su enemiga pública número uno por una sencilla razón: mientras desde las cúpulas eclesiásticas se proponía el oscurantismo, la restricción a la información, la represión y se encerraban los libros en bibliotecas inexpugnables, desde la masonería se pretendía lo contrario: cualquier persona interesada en participar de un debate enriquecedor era aceptada en su seno con solo cumplir algunos requisitos indispensables.

EL ORIGEN

Hay muchas teorías sobre el origen de la masonería. Y no sería serio cerrar alguna puerta desde estas páginas. Básicamente porque ni los mismos masones se ponen de acuerdo cuando tratan de explicar cómo y por qué se comenzó a gestar este movimiento mundial que alternó gloriosos momentos de influencia sobre los dueños del poder real —llámese político, económico o mediático— con otros en donde el devenir mismo de los tiempos fue diluyendo su ascendiente hasta transformarlo en testimonial.

Los que quieren que el pasado de la masonería sea leyenda, defenderán con fervor la historia de Hiram Abif, el arquitecto del templo de Salomón. De allí surgen los tres grados básicos de la organización masónica. ¿Cuáles son? El primero es el Aprendiz y es el que se les da a los iniciados para ponerlos ante el compromiso de enfrentarse consigo mismos y superarse. El segundo es el de

1. Los masones se reúnen al menos una vez al mes en los templos para realizar sesiones de trabajo que se llaman Tenidas de Obligación. Estas tenidas pueden incluir la presencia de visitantes y las pruebas de la iniciación de un profano, es decir, la ceremonia de pase de grado de un masón, la lectura de trabajos, resoluciones y votaciones.

Compañero; es el grado intermedio, en donde el masón se dedica a cultivarse y a ver cómo el exterior lo percibe y cómo él se auto-percibe hacia el afuera. Y el tercero es el de Maestro, que es cuando un masón ya ha superado la irreversibilidad de la muerte y se amiga con la idea de la inmortalidad del alma.

Estas creencias provienen de la historia de Hiram Abif, un artesano que fue enviado desde la región de Tiro para trabajar en la construcción del Templo del rey Salomón en el año 988 antes de Cristo. Abif, después de estudiar bajo la dirección de varios maestros de diversas especialidades, se convirtió en el único conocedor de los secretos masónicos. En él habían confluído todos los conocimientos, pero especialmente uno: la palabra secreta masónica, o sea el nombre oculto de Dios. La tradición indicaba que, al saber el nombre secreto de una deidad, se obtenía su poder. Ergo, Hiram Abif manejaba a discreción el poder de Yahvé.

Todos los mediodías Hiram Abif iba al Sanctasanctórum² para orar y planificar junto a Dios las actividades de día siguiente. Uno de esos días, al salir del templo, Abif fue interceptado por Jubela, uno de sus aprendices, que lo instó a revelar sus secretos. Abif le dijo que solo tres personas los conocían y que sin su consentimiento no podía decirle nada. Jubela se enojó y le asestó un golpe en la sien derecha con la plomada. Abif cayó, pero pudo escapar hasta que se topó con Jubelo, otro de sus aprendices, que lo golpeó con un nivel en la sien izquierda. Mal herido y desangrándose, Abif llegó hasta la puerta del templo y allí fue rematado por Jubelum, que le aplastó la cabeza con una maza.

Los asesinos ocultaron el cuerpo de Abif bajo unas piedras para evitar la ira del rey Salomón y, al llegar la medianoche, lo sacaron del escondite y lo llevaron a la cima de una colina para enterrarlo.

2. El Sanctasanctórum del Templo de Salomón es el sitio más sagrado para la tradición judía. Era el santuario dentro del Templo en Jerusalén mientras se mantuvo en pie. Estaba ubicado en el área occidental del Templo y tenía la forma de un cubo: 20 x 20 x 20 codos. En su interior estaba el Arca de la Alianza con las Tablas de la Ley.

Ya cumplida la tarea, marcaron el lugar de la sepultura con una rama de acacia. Luego intentaron fugarse a otro país, pero fracasaron porque ningún barco los quiso sacar del Reino Unificado de Israel, por lo que optaron por escapar hacia los montes.

La ausencia de Abif alertó al rey Salomón, quien envió a su gente a buscarlo. Pasaban las horas hasta que doce trabajadores del templo confesaron a Salomón que ellos y otros tres más que estaban ausentes habían conspirado para conocer los secretos masónicos de Hiram, pero que a último momento habían recapacitado por temor a las represalias. Los que no estaban eran justamente Jubela, Jubelo y Jubelum.

Salomón les ordenó a doce aprendices que buscaran el cadáver de Hiram y que atraparan a los prófugos. Tras varias semanas de búsqueda, encontraron los restos del artesano. Salomón, avisado, llegó hasta el lugar y ordenó que levantaran el cadáver de la sepultura con el «apretón de manos de un aprendiz» —el Primer Grado de la Masonería—. Al fracasar, el rey les dijo que probaran con el «apretón de manos de un compañero» —Segundo Grado—, pero tampoco lo consiguieron. Finalmente, el mismo Salomón fue hasta el lugar en donde yacía Abif para levantarlo con el «apretón de manos de un maestro masón» —el Tercer Grado—. Salomón no solo pudo levantar el cuerpo: Hiram, además, resucitó.

¿Qué pasó con Jubela, Jubelo y Jubelum? Al primero lo asesinó en una cueva uno de los aprendices que lo perseguía y le llevó la cabeza a Salomón como ofrenda. El rey al recibir el obsequio le dijo al aprendiz: «Infeliz... ¿Nos sabes que me reservo el derecho a castigar?». Jubelo fue atrapado y llevado ante Salomón quien ordenó que lo torturaran hasta matarlo. Y Jubelum fue sorprendido y devorado por un león.

LA DOCTRINA INICIÁTICA

Desde que el ser humano tuvo conciencia de su finitud trató de penetrar en los enigmas de la naturaleza, del más allá, de la sospe-

cha de la existencia de universos paralelos. Fue una búsqueda constante en donde se empezó a valorar más el esfuerzo y el sacrificio que el hombre hacía para acercarse a la verdad y no tanto el resultado. El poder del hombre no decreció al no acceder jamás a esa verdad, sino que aumentó durante la pesquisa. El filósofo alemán Gotthold Ephraim Lessing (1729-1781) decía: «Si Dios me ofreciera en su mano derecha la verdad absoluta y en la izquierda el camino hacia ella y me diese a elegir, tomaría el contenido de la mano izquierda. Quienes hurgan en los misterios de la naturaleza no lo hacen porque la verdad sea algo lejano o imposible, sino porque, al buscarla, se convierten en dignos de recibirla».

Bajo estos criterios surgió la doctrina iniciática de la masonería. Su impulso está puesto en la búsqueda de la verdad y tiene por objeto la práctica de las virtudes y la investigación. Para el esclarecimiento de la verdad, la masonería no conoce otro límite más que el de la razón humana. Tal vez por ese motivo, la masonería fue atacada por el Vaticano: la doctrina de la Iglesia católica, como se sabe, enseña que hay verdades reveladas que no pueden ser examinadas y menos aún discutidas.

LA MASONERÍA OPERATIVA

La civilización no empezó a funcionar hasta que el hombre no salió de las cavernas y supo levantar sus casas. Por eso el arte de la construcción es el más antiguo de los oficios y de las artes humanas. Incluso la religión es posterior, ya que tomó forma cuando los hombres erigieron por primera vez un altar para hacer sus ofrendas y depositaron un montón de piedras para señalar el lugar donde descansaban sus seres queridos.

En las escuelas o universidades de la Edad Media no existía la carrera de arquitecto o de ingeniero civil y los conocimientos del oficio se adquirían por transmisión oral de una generación a otra. Esos arquitectos y albañiles (en francés, *maçons*) eran hombres que no restringían su conocimiento a la práctica del oficio,

sino que también buscaban ilustrarse en otras cuestiones. A los *maçons* se los conocía como *franc-maçons* (albañiles libres) y el gremio que los agrupaba era la *franc-maçonnerie*. Cuando la organización llegó a Inglaterra se adoptó la traducción al inglés de *franc-maçon*: *free mason*.

La palabra francesa *maçon* viene del latín medieval *machio* —en plural se dice *machiones*— y proviene del antiguo germánico *mahon*, que significa «el que hace». De esta palabra germánica se derivan el verbo inglés *to make* («hacer») y el alemán *machen* (también «hacer»).

Los maestros de obra, los maestros albañiles, los talladores de piedra y los escultores que tenían a su cargo la construcción de los castillos, catedrales y hasta casas se agrupaban en sus guildas³ o logias. Esas fraternidades o cofradías estaban dedicadas al estudio del arte arquitectónico y al perfeccionamiento técnico de sus componentes, pero también eran círculos en los que se discutía cómo ayudarse mutuamente y cómo preservar su oficio de la intromisión externa. En esas guildas o logias se guardaban celosamente los secretos del oficio y para ser aceptados debían mostrar no solo aptitud técnica sino además condiciones morales, por lo que era necesario atravesar una ceremonia de iniciación. Al ingresar se adquiría el puesto de Aprendiz y con el tiempo, siempre bajo la dirección de un Maestro, se podía alcanzar el grado de Compañero para recién después llegar a ser un Maestro. Esas logias tuvieron su mayor auge a fines del siglo X.

Por esos años en Europa se había expandido la idea de que el fin del mundo estaba próximo y se desató una fiebre de construcción de catedrales y santuarios. Esa psicosis duró hasta poco después del año 1000 y, como finalmente no ocurrió la catástrofe, se viró hacia el agradecimiento a Dios por haberlo evitado. En definitiva, se construyeron más templos.

3. «Guilda» proviene del antiguo holandés: *gilde*. Eran asociaciones de mercaderes entre los siglos XI y XV que funcionaban como gremios que compartían actividades parecidas.

Nada mejor que ir a las estadísticas: durante el reinado de Enrique II (1133-1189) se levantaron, solo en Inglaterra, 177 iglesias y se empezó a vislumbrar lo que se conocería como el estilo gótico. Y fueron las logias de masones las que posibilitaron y se beneficiaron económicamente con esas obras.

La masonería operativa alcanzó entonces su mayor esplendor y poderío e incluso, como guardiana de tradiciones, fue el refugio que difundió el arte y la moralidad entre los hombres. ¿De qué se trata la moralidad masónica? Se sostiene en tres pilares: transparencia, justicia y honestidad, y desde ahí se extiende a diferentes áreas.

Esas logias operativas sobrevivieron en diferentes lugares de Europa —en especial en Alemania, Francia e Inglaterra—, incluso después de haber construido gran parte de las monumentales catedrales que todavía hoy se mantienen en pie. Pero como los tiempos estaban cambiando, las logias se vieron en la necesidad de abrir su horizonte hacia otras actividades, con lo que empezaron a aceptar a personas de otras profesiones, culturas, jerarquías y hasta condiciones sociales. Y así se abrió paso a la masonería especulativa.

LA MASONERÍA ESPECULATIVA

Al comenzar el siglo XVI, las logias dejaron de agrupar hombres de un solo oficio e integraron a los de otras profesiones y saberes. Y fue así como se transformaron en una expresión de libertad como contrapartida al absolutismo de las monarquías europeas y a la asfixiante dominación espiritual que impulsaba la Iglesia católica. De este modo, los masones, que ya no eran solo masones —albañiles—, comenzaron a socavar los cimientos del oscurantismo.

Las logias especulativas conservaron la organización, los reglamentos y los métodos de trabajo de las logias operativas e, incluso, a título simbólico, los instrumentos porque se consideraba que sin esas herramientas hubiera sido imposible el avance de la civilización.

Algunos historiadores establecen que la masonería especulativa moderna comenzó a funcionar a principios del siglo XVIII. El doctor James Anderson⁴, en su *Libro de las Constituciones* (*Book of Constitutions*) de 1738, sostiene que el día de San Juan (sin aclarar si era el Bautista o el Evangelista) del año 1716 se reunieron en la Taberna del Manzano «bajo la presidencia del más antiguo de los Maestros Masones ahí presentes, que era asimismo Venerable Maestro de una de las Logias, los representantes de cuatro de las existentes en aquel entonces en Londres y acordaron constituir una Gran Logia, dejando para el año siguiente la formalización y la elección de autoridades».

Las cuatro Logias fundadoras fueron:

La Cervecería del Ganso y de las Parrillas (*Goose and Gridion Alehouse*), llamada así por el lugar en donde se reunían sus integrantes, situado cerca del cementerio de la catedral de San Pablo. En 1760 adoptó el nombre *Antiquity*.

La Cervecería de la Corona (*Crown Alehouse*), de la calle Drury, que dejó de funcionar hacia el año 1738.

La Taberna del Gran Vaso y del Racimo (*Rummer and Grapes Tavern*), cercana a Westminster. Luego usó el nombre de Logia Real de la Casa de Somerset e Inverness (*Royal Somerset House and Inverness*).

La Taberna del Manzano (*Apple Tree Tavern*) de la calle de San Carlos, de Covent Garden, y que en 1723 adoptó el título de Logia de la Fortaleza y Antigua Cumberland (*Fortitude and Old Cumberland*).

En esa reunión —presumiblemente el 24 de junio de 1716— quedó fundada la Gran Logia de Inglaterra, la primera de la masonería especulativa y considerada la Gran Logia Madre. El primer Gran Maestre fue Anthony Sayer⁵, cuyo mandato duró un año.

4. James Anderson (1678-1739). Coautor junto a Jean Théophile Désaguliers de la primera Constitución de la masonería especulativa. La primera edición de las constituciones fue publicada en 1723 y se la modificó en 1738.

5. Anthony Sayer (1672-1742). Fue el primer Gran Maestre de la Gran Logia in-

Los primeros pasos de la masonería inglesa se dirigieron hacia la libre expresión de los ciudadanos, la proliferación de las imprentas, el derecho a publicar textos sin censura previa ni posterior, el derecho a practicar el comercio y la industria sin limitaciones, la libertad para adorar al dios que cada uno creyera conveniente y el acceso a los cargos públicos sin los privilegios de la nobleza o el credo.

Hoy pueden sonar a principios alcanzables sin grandes esfuerzos, pero no lo eran en esos años. La masonería, los masones más específicamente, estaban adelantados a la época que les tocaba vivir y los asuntos que los ocupaban estaban muy por encima de las demandas básicas que provenían de la sociedad.

LOS ATAQUES CONTRA LA MASONERÍA

La Iglesia católica —que desde siempre gozó de poderosos medios de propaganda y fondos inagotables— estuvo empeñada durante siglos en atacar y destruir a la masonería. Uno de sus mecanismos preferidos fue la literatura antimasónica, destinada a describir a los masones como miembros de una asociación secreta llena de terribles misterios y capaz de llevar adelante cualquier atrocidad.

Se puede tomar al azar un caso cercano en el tiempo: el del arzobispo de Santiago de Chile, José María Caro Rodríguez⁶, quien en 1951 escribió el libro *El misterio de la Masonería* en el que se le

glesa en 1717. Fue el primer Gran Maestre elegido por las cuatro logias que se reunieron en la taberna del Ganso y la Parrilla el 24 de junio de 1717. La carencia de información sobre su vida hace sospechar que era un hombre sin contacto con la aristocracia y de baja posición social. Al final de su vida, pidió asistencia económica a la Gran Logia.

6. José María Caro Rodríguez (1866-1958). Arzobispo de Santiago de Chile. En 1968, la conferencia episcopal de Chile pidió su proceso de beatificación. Esa solicitud fue aprobada pero el proceso quedó detenido. En 2008, a 50 años de su muerte, se solicitó la reapertura de la causa. En 2019, el Arzobispado de Santiago pidió que se activara el trámite.

endilgan a las logias cuatro siglos de magnicidios, atentados, revoluciones y crímenes de todas las características habidas y por haber.

Con toda soltura, Caro Rodríguez escribió: «He podido comprobar que la Masonería es una escuela de lujuria que sobrepasa todo lo que se pueda imaginar, que también se practica allí el asesinato, porque es desagradable al Dios cristiano y agradable a Lucifer...»⁷, «que la Masonería, institución integrada exclusivamente por hombres, enseña a las mujeres el vicio más nefasto y dañoso para la humanidad, el amor de la poligamia y el amor libre», o «...a cualquier parte del mundo hacia donde se tienda la vista, se encontrará siempre la misma ley: a mayor influencia y preponderancia masónica, en igualdad de otras circunstancias, corresponderá mayor corrupción, manifestada en los crímenes pasionales e infantiles, en los suicidios, en los divorcios, en la prostitución, en el juego, etcétera»⁸.

Y así era como muchos curas repetían hasta el cansancio que la masonería era una sociedad oscura, que no daba a publicidad sus estatutos y que los masones se reunían en lugares secretos y a espaldas de la sociedad y de Dios.

Estas afirmaciones siempre fueron fácilmente rebatibles. Por caso, la Gran Logia Argentina de Libres y Aceptados Masones siempre dio cuenta de su existencia, sus autoridades fueron y son perfectamente identificables y el templo tenía y tiene una dirección muy precisa: Perón 1242, Capital Federal. Ese pretendido secreto pregonado por la Iglesia católica era pésimamente guardado. Es decir, o los masones eran estúpidos o la Iglesia mentía.

La respuesta a esas acusaciones se puede encontrar en los estatutos de la Gran Logia de Argentina: «La masonería es una institución esencialmente filantrópica, filosófica y progresista. Sus principios son: la existencia de Dios, la inmortalidad del alma y la solidaridad humana. Su base: la libertad civil y de conciencia. Su objeto: la investigación de la verdad, el estudio de la moral univer-

7. *El misterio de la Masonería*, editorial Difusión, año 1951, página 143.

8. Obra citada, página 322.

sal, de las ciencias y de las artes, el ejercicio de la caridad y la práctica de todas las virtudes. Sus fines: el amor a la humanidad y su perfeccionamiento. Sus preceptos: la honradez, la ilustración y el trabajo. Su divisa: libertad, igualdad y fraternidad».

Y culmina con una frase más de fórmula que real: «El carácter pacífico de la institución prohíbe ocuparse de asuntos políticos o religiosos, recomendando a sus miembros el respeto a las leyes del país y a la fe religiosa y opiniones políticas de cada uno de ellos, mientras tengan por base la moral». La cantidad de presidentes, ministros, secretarios, jueces y tantísimas otras personalidades que incidieron en las decisiones políticas de la Argentina, deja a esta declaración fuera de foco. Este libro desmiente esta última afirmación.

SIN RESTRICCIONES

Las instituciones u organizaciones gubernamentales y también las que están por fuera de la órbita del Estado, discriminan, categorizan o aceptan a sus miembros, adherentes o integrantes por diferentes cuestiones. Puede ser por su poder adquisitivo, por su origen o raza, por sus creencias religiosas, por sus características profesionales y hasta incluso por una combinación de todas estas variables.

La masonería hace lo contrario: agrupa a personas que provienen de diferentes ámbitos profesionales y clases sociales para promover proyectos filantrópicos y también involucrarse en debates que definan qué tipo de sociedad y país se prefiere. Muchas veces estos debates quedan tabicados dentro de las paredes del templo y no salen a la luz, pero en otras oportunidades —como ocurrió en la Argentina durante gran parte del siglo XIX— se amplifican y se derraman sobre la sociedad para generar cambios decisivos en distintos ámbitos sociales y en diferentes políticas públicas.

¿Es necesario defender a la masonería? Es inevitable ponerse del lado del más débil y de los justos. Y los masones han sufrido

durante siglos innumerables persecuciones a raíz de sus principios liberales, este último concepto aplicado no con un perfil económico sino político. Es decir, se habla de liberalismo en el sentido virtuoso de la palabra.

No es un dato menor que la masonería siempre se sostuvo en tres principios básicos: libertad, igualdad y fraternidad. Y que se vinculó con los grandes movimientos revolucionarios de fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX y trabajó para defender a la democracia. La masonería prosperó y adquirió peso en la medida en que el país que la albergaba viviera un proceso democrático. Por el contrario, su existencia siempre se tornó difícil, por no decir imposible, con gobiernos absolutistas o totalitarios.

Para no dejar el asunto circunscripto a la mera teoría, hay que ir a los hechos. En Australia, Bélgica, Luxemburgo, Holanda, Dinamarca, Noruega, Francia y Grecia los masones fueron perseguidos cuando los nazis establecieron en esos países gobiernos despóticos. Los Venerables Maestres de las Grandes Logias de Austria; Richard Schlesinger, de Holanda, y Hermanus van Tongeren, de Grecia, fueron asesinados en los campos de concentración nazis. O se puede tomar el caso del Gran Maestre de Italia, Domizio Torigiani, quien en 1926 fue perseguido y encarcelado por el gobierno fascista y murió preso en 1932 en la isla de Lípári.

En Francia, al asumir el mariscal Philippe Pétain, una de sus primeras medidas fue proscribir a la masonería. Pétain le ordenó a Bernardo Fay, quien en ese momento reportaba como director de la Biblioteca Nacional, que confeccionara un fichero de los masones franceses para ser entregado a los nazis. Esa lista alcanzó a 60.000 personas, las que en el mejor de los casos fueron hostigadas y en el peor, asesinadas.

América, como no podía ser de otra manera, no escapó a esta tendencia histórica y mundial. En Colombia, en 1953, la Asamblea Nacional Constituyente trató un proyecto en el que se establecía la «proscripción de las sociedades secretas», aclarándose que la masonería se hallaba comprendida entre ellas. O en Guatemala, por un decreto de 1954, bajo el gobierno del dictador Carlos Castillo

Armas, se canceló la personería jurídica de la Gran Logia de Guatemala. O en Bolivia, en 1956, y por iniciativa de un parlamentario comunista, se votó una enmienda constitucional en la que «se prohibía la existencia de la masonería y de toda organización secreta, sea nacional o internacional, y no se permitía a sus miembros desempeñar funciones públicas».

¿QUIÉN QUIERE O PUEDE SER MASÓN?

Para ser miembro de una logia tradicional, hay que ser hombre. Así lo establece la Constitución masónica que deviene de la Gran Logia de Inglaterra. Igualmente, en el último siglo se han formado logias femeninas o mixtas.

La condición de masón se adquiere por medio de la Iniciación. El candidato debe presentar una solicitud de admisión, la que debe ser avalada por otro hermano y sometida a la consideración de la Logia, que comprueba si el aspirante reúne las virtudes, los antecedentes, un grado de cultura razonable e, incluso, si ejerce un oficio honesto para ganarse el pan de cada día.

Cada Logia está presidida por un Gran Maestre y el resto de los cargos se reparte entre diferentes miembros. Se les da mucha participación y reconocimiento a los ex Grandes Maestres, quienes ocupan un lugar destacado dentro de la estructura, apenas por detrás del segundo en importancia: el Pro Gran Maestre.

Los cargos más importantes son luego: Gran Primer Vigilante, Gran Segundo Vigilante, Gran Orador Fiscal, Gran Secretario, Gran Tesorero y Gran Hospitalario.

Cada país tiene su propia Gran Logia y es autónoma de las otras del mundo. Se puede dar el caso, como ocurre en Estados Unidos, México, Colombia o Brasil, de que haya más de una Gran Logia dentro de los límites de un país. No es menor el dato de que para que una Gran Logia obtenga la personería, necesita el aval de por lo menos otras tres Grandes Logias del resto del mundo.

Cuando un masón es iniciado, ese carácter no se pierde jamás. Un individuo puede estar en plena actividad masónica o no, pero siempre preservará los privilegios y respetará los deberes y obligaciones que surjan de los estatutos de la Logia que integre.

DOS SIGLOS, UN PAÍS

La importancia de la masonería a lo largo de la corta historia argentina fue capital. Básicamente, porque nunca bajó sus banderas y siempre trató de resistir, aun en los momentos en que aparecía perseguida y se veía vencida.

Desde que comenzó el germen revolucionario, a fines del siglo XVIII y hasta ya entrado el siglo XX, muchos de los debates que direccionaban el rumbo del país hacia un lugar preciso se originaban en los templos masónicos o en tenidas informales. La capacidad posterior de ponerlas en práctica dependía del poder de fuego que se tuviera en ese momento dentro de la administración pública nacional (es decir, quiénes ocupaban qué cargos) y del grado de adhesión que se encontrara en una sociedad que, históricamente, fue conservadora y muy refractaria a los cambios.

A principios del siglo XIX, si un masón se encontraba con otro, el tópico principal era la lucha por la independencia de España. Si esta conversación se daba a mediados del siglo XIX, seguramente le iba a dedicar más tiempo a cómo hacer para separar a la Iglesia del Estado. Y para finales del siglo XIX, la charla apuntaba a leyes de Educación y al Código Civil y Comercial.

Ya en el siglo XX, los debates se orientaron hacia la protección del inmigrante y a cómo hacer para que su adaptación a la realidad argentina fuera lo menos traumática posible, a la posición de la Argentina durante las grandes guerras mundiales, al rol del país durante la Guerra Fría, la resistencia ante las dictaduras genocidas que asolaron la región y la defensa de los Derechos Humanos.

El siglo XXI encontró a la masonería comprometida en respaldar leyes como las de Matrimonio Igualitario (en 2010), Identidad

de Género (2012), Reproducción Médicamente Asistida (2013) o Interrupción Voluntaria del Embarazo (en 2020). No por esto todos los masones creían que lo mejor para el país era que se sancionaran estas leyes, porque si algo distingue a la masonería es que la mayoría no piensa de la misma manera. Lo que se expresa es que estas leyes fueron trabajadas en las tenidas y que muchas de ellas llegaron a los debates parlamentarios con líneas de pensamiento desarrolladas en las logias. Este asunto de consenso en el disenso se comprenderá más una vez que se vaya avanzando en la lectura del libro.

En definitiva, los masones argentinos siempre colocaron en agenda temas apremiantes y en poquísimas ocasiones se pudieron dar el lujo de dedicarse a la exaltación del espíritu o a discutir sobre el sexo de los ángeles. La Argentina, se sabe, es un país urgente. Un país urgido. Ni que hablar de la coyuntura que se vislumbra a fines de la segunda y comienzos de la tercera década de este siglo XXI. Y no solo en la Argentina sino en el resto del mundo.

HOMBRES ILUSTRES, MOMENTOS DECISIVOS

Tal vez el fracaso más trascendente de la historia de una tenida masónica entre dos grandísimos hombres fue la entrevista de Guayaquil, mantenida entre José de San Martín y Simón Bolívar. Más allá de que el tiempo diluyó sus efectos, en ese encuentro —concretado gracias a la Logia Estrella de Guayaquil— fue imposible acordar cómo hacer para ganarle la guerra a España lo más rápido posible y cómo se iba a organizar después políticamente a la América libre. Fueron tres reuniones en las que ambos generales dejaron muy claro cuáles eran sus puntos de vista. Y no hubo acuerdo alguno. Aquí falló aquello del consenso aun en el disenso.

Más allá de ese encuentro fallido y que terminó como ya se conoce, existe otro que también fue decisivo para la historia argentina y para el destino de la Nación. Se trata de la reunión que mantuvo Justo José de Urquiza con Bartolomé Mitre, Santiago Derqui y

Domingo Faustino Sarmiento el 21 de julio de 1860 en el viejo templo masónico de Bartolomé Mitre al 300 —donde actualmente funciona el Banco de la Nación Argentina—. En esa tenida masónica, organizada por el Gran Maestre Roque Pérez, no solo se les confirió el grado 33 a los cuatro participantes, sino que además se selló el destino de las guerras civiles con lo que muy poco tiempo después ocurriría en la batalla de Pavón, el 17 de septiembre de 1861.

¿Qué decir además de la tensa relación entre los curas y los gobernantes, entre la Iglesia católica y el Estado? ¿Años de desencuentros y de pujas? ¿Siglos? ¿Se mantiene vigente aún hoy? La masonería siempre fue una cuña molesta en esta discusión.

Pero si algo cambió el rumbo del país, fue la Ley de Educación Común, Gratuita y Obligatoria, coloquialmente llamada Ley 1420. Hay pocos argentinos que no conocen ese número y sus implicaciones. Es más, ningún habitante de esta tierra necesita recordar el número de ninguna otra ley de la Nación. Y esto es porque la Ley 1420, promulgada el 8 de julio de 1884, marcó un antes y un después, no solo en la forma de entender la educación pública sino también en la forma de vivir y sentir de los habitantes de este país.

Mucho se dijo sobre si Perón fue masón o no. Y como en todo lo vinculado al peronismo, hay dos bibliotecas: una que dice sí y otra que dice no. Pero hasta hace muy poco, el debate era verbal. Esa etapa acabó en 2026, cuando aparecieron documentos que establecieron que Perón fue masón. Lo mismo que otro presidente vital para todo lo que ocurrió desde el regreso de la democracia argentina, allá en 1983. Se trata de Raúl Ricardo Alfonsín, quien también fue masón.

Muchas otras cosas pasaron al amparo de los debates masónicos. Leyes, resoluciones, dictámenes y hasta cambios de conducta de la sociedad estuvieron influenciados por los masones y el impulso vital de sus debates. Se puede citar la creación de la primera escuela de artes y oficios de Buenos Aires, de la Sociedad Tipográfica Bonaerense, la Farmacéutica y Bioquímica Argentina, la Geográfica Argentina, la de Amigos de la Astronomía, la Rural Argentina, la Científica Argentina, el Colegio de Escribanos, la Academia

de Medicina, el Círculo Médico Argentino, el Instituto Geográfico Argentino, el Centro Naval, el Círculo Militar, el gremio la Fraternidad, la Unión Industrial Argentina, el Círculo de la Prensa, el Ateneo Iberoamericano de Buenos Aires, el Asilo de Mendigos, el Asilo de Sordomudos, los hospitales Durand, de Niños y casi todos los de las colectividades extranjeras, muchos clubes de fútbol y hasta la Sociedad Protectora de Animales. La masonería coló sus ideales y principios en estos lugares y organizaciones.

De todo esto se trata este libro. De descubrir qué país tenemos. Y cuánto se les debe —por sus aciertos y por sus errores— a esos hombres que alguna vez supieron encerrarse dentro de un templo para discutir un destino. Equivocados o no, al menos hicieron el intento. Y ese ya es un mérito que nadie les podrá quitar.